

DISCURSO

Por el Lic. Ignacio L. Vallarta en Guadalajara

Pronunciado en el salón principal del Instituto de Ciencias por el C. Lic. Ignacio L. Vallarta en la festividad nacional del 5 de mayo de 1867. (Guadalajara)

Cuando Dios quiere destruir una cosa, lo hace por medio de la cosa misma.

Todas las instituciones malas, de este mundo, concluyen por el suicidio.

Cuando ha pasado ya mucho tiempo sobre los hombres, la Providencia, como el sultán a sus visires les envía el cordón con un nudo: ellos se ejecutan. Luis Bonaparte es el nudo de la Providencia.

Víctor Hugo, Napoleón el Pequeño.

Señores:

Hay en la historia de nuestros días un hecho grave en su origen, colosal en su desarrollo, trascendental en sus consecuencias, altamente importantes para las generaciones futuras: preparado con astucia y tenebrosamente allá; en los cimientos en donde la diplomacia conspira siempre contra los pueblos; salido a la luz del día disfrazado con todo linaje de embustes, y revelado por fin, al mundo en la guerra titánica que acabamos de presenciar y que hará época en los fastos del género humano, él hizo enmudecer la fiera... Ese hecho, es la violenta colisión de dos continentes, la lucha entre América y Europa.

Dos principios rivales, enemigos irreconciliables que no han consentido partirse en el imperio del mundo, se encuentran por fin frente a frente en el campo de batalla. El espíritu de Julio César inspirado al uno: predicaba la conquista en desprecio de las nacionalidades débiles, la monarquía universal, la utopía de usurpadores atrevidos; el monopolio, la esclavitud del trabajo. Estaba el otro animado con el alma de Washington; defender la soberanía de las naciones, el respeto al derecho, la libertad de la producción, la consagración del trabajo por el talento; la democracia, la fraternidad de los hombres y de los pueblos. Hacían formidable al primero sus armas fabricadas en los arsenales de la fuerza: inerme estaba el segundo, pero el genio del porvenir le cubría con sus alas. Esforzábese aquél en dar el calor de la vida a los elementos estirantes de viejas edades y los estrechaba contra su corazón: llevaba éste en su seno los gérmenes fecundos del progreso, las ideas nuevas, el Evangelio de las sociedades jóvenes. La fuerza de un lado, la justicia del otro: el cesarismo allá, la república aquí. Napoleón en un campo: Juárez y Lincoln en el enemigo. Europa se armó soldado del pasado y vino atacar a América, celoso centinela del porvenir.

Inglaterra, Francia y España se unieron en sacrílego maridaje y emprendieron su inicua cruzada contra el Derecho. No iban a rescatar el sepulcro del Salvador; venían a crucificar la República, la realización social del Evangelio. Encontradas ambiciones alentaban a las tres potencias; pero un interés común las ligó: ahogar en su cuna al genio americano, arrancar de raíz el árbol santo de la libertad que cubre con su sombra el continente de Colón y que extiende ya sus ramas sobre la vieja Europa.

Que Inglaterra viese con celosa envidia al pabellón estrellado dueño de los mares; que España soñase con mandar más virreyes a sus antiguas colonias, ni Inglaterra ni España habrían acometido tan colosal empresa. El genio del mal que tiene un asiento en el trono francés, dictó a Napoleón un libro, le inspiró una vieja

utopía: el emperador; buscó cómplice para realizar un crimen que llamó "la más bella página de su reinado". Inglaterra se puso a conspirar contra la Unión Americana: España fue a Santo Domingo, Chile y Perú. Y Francia eligió a México por teatro de sus proezas. Como si secretas inteligencias no bastasen para descubrir ante la historia todo el crimen, se firmó en Londres una convención que dijo, sin embargo, la última palabra de pensamiento de los aliados.

Aunque América para la guerra no estaba preparada y se le creía débil, Europa, como el salteador de caminos, quiso asegurar el éxito: pidió auxilios a la traición y los tuvo en abundancia. Los Estados Unidos tuvieron sus traidores y ojalá que en México no los hubiera habido también! La guerra, por fin, estalló terrible, y el cañón sonaba lo mismo en Charleston que en Tampico, en Mazatlán que en Santiago, en el Atlántico que en el Pacífico. Devastación había en las riberas del Potomac, en el Valle de México en los muelles del Callao. El inglés conspirador en los Estados Unidos, el francés, pirata en mi patria, y el español, usurpador en las playas del Perú, trabajaban afanosos y de concierto para destruir la obra de Washington, de Hidalgo y de Bolívar.

Fácil fue a la diplomacia europea, allá hace seis años, ocultar su criminal pensamiento en el fondo de sus tenebrosos protocolos: fácil fue a Inglaterra reconocer beligerantes en donde la ley internacional no mira más que a rebeldes: fácil fue a España inventar supuestos agravios, para vengarlos con el robo del guano: fácil fue a las tres potencias convertir a sus soldados en alguaciles para venir a México a tomar *prendas pretoriales*, como ni a un deudor se ejecutan. ¡Subterfugios miserables de la diplomacia! Hoy, la Historia se ha ya apoderado del secreto de las maquinaciones contra América y lo ha revelado al mundo: se quería la muerte de la República, la conquista de las nacionalidades americanas. La Francia, fuerza es decirlo, no vino a México a cobrar *su deuda* ni a *proteger la parte sana de la nación*, ni a dar garantías a sus súbditos, ni a constituir aquí un gobierno fuerte, ni a cubrir con su bandera una sola idea de progreso: todo lo que nos fijaron sus generales, sus ministros, sus diplomáticos, su emperador, no fue sino cínico embuste! Vino a ayudar a la rebelión del sur en su traidor intento de derrumbar al coloso del norte; vino a conspirar más de cerca y en secreta inteligencia con la Inglaterra, contra la Unión Americana, vino a matar a la República, como la había matado en París y en Roma: pidió por precio de su crimen, los tesoros de México, la conquista de nuestra Patria.

La guerra que hemos tenido muy más trascendental, e importante de lo que a primer examen pudo creerse: no fue la guerra caprichosa de dos soberanos que prodigan la sangre de sus súbditos con el agua de los ríos; no fue la guerra de dos pueblos que pelean por la extensión de sus fronteras, por el interés de su comercio, por la exigencia de su diplomacia: no fue sólo la defensa de la autonomía nacional, comprometida por una infame invasión extranjera; sino que fue la guerra de dos continentes, la lucha gigantesca de dos ideas, el duelo a muerte entre la democracia americana y el cesarismo imperial. México, peleando solo por su independencia, ha dado al mundo el espectáculo sublime del pueblo débil, pero constante y valiente, que vence al fin a su enemigo poderoso: lección que no olvidarán las nacionalidades oprimidas; pero México, combatiendo con Francia por la idea nueva, por el porvenir, por el progreso, ha sido la nación a quien el martirio ha llevado hasta el apoteosis... ¡En pie, señores, y salud en el pobre soldado de la República Mexicana, al obrero menesteroso que trabaja por la felicidad del género humano! ¡Bendito sea mil veces nuestro hermoso pabellón, a cuya sombra reposó la esperanza de las generaciones futuras! ¡Benditas sean nuestras armas que pudieron contribuir a afirmar la democracia en el mundo! ¡Benditos mil veces, nuestros héroes, que defendiendo a México, han peleado por la causa de todos los pueblos!

Al subir otra vez a esta tribuna, queriendo interpretar con mi palabra, pobre de inspiración y escasa de mérito; el sentimiento nacional que se enorgullece con el recuerdo del inolvidable 5 de mayo de 1862, pedí consejo a la historia, para decir el panegírico de nuestros héroes, para ver en toda su brillantez las glorias de una de las más hermosas jornadas de la guerra que acaba de pasar, y la historia, rompiendo las tinieblas con que los protocolos se empeñaron en cubrir el grande crimen de Napoleón, me ha enseñado *Zaragoza* allá entre los héroes que reciben las bendiciones de Laurencez no atacaban a Juárez, sino que asentaban sus punterías contra los magníficos destinos del mundo de Colón: que la bandera francesa no venía cubriendo a nues-

tros obispos por conspiradores desterrados; a Almonte, el hijo sacrílego de México, al archiduque austriaco, el aventurero candidato de un trono, sino que ella iba a ser el gran sudario que amortajara la libertad del mundo!... La democracia, ametrallada en Europa y perseguida en América, se defendió tras los muros de Puebla. Por esto, señores, el 5 de mayo de 1862 no es sólo el día de México, sino una fecha feliz de la humanidad; por esto, *Zaragoza*, no es sólo el vencedor de los franceses sino el soldado de la democracia: por esto, el pabellón nacional en Puebla, no sólo fue el símbolo de la Patria, sino el escudo del progreso, el estandarte del porvenir.

Preciso es conocer en todos sus tamaños, apreciar en todas sus trascendencias la guerra que México ha sostenido, para ver en todo su resplandor la gloria, la hermosa jornada cuyo quinto aniversario hoy celebramos: si a nuestro patriotismo sólo saludamos al 5 de mayo de 1862, como el día de la victoria de la Patria, escondemos a nuestra bandera dentro de los límites de México, y la historia la ha levantado ya tan alto, que se mira por el mundo todo! Que la Polonia conquistada, que la Dinamarca mutilada, que la Francia envilecida, que todos los pueblos humillados y oprimidos besen la orla de esa bandera y entonen un cántico de alabanza al 5 de mayo de 1862!...

Estamos, señores, en un día de fiesta verdaderamente nacional: nos sentimos libres de la opresión extranjera: tenemos por delante la memoria de *Zaragoza*; acabamos de oír sus palabras modestas que allá en 1862 conmovieron de gratitud a México. ¿Quién puede decir lo que en este día siente el corazón mexicano? ¿Qué palabra no enmudece hoy la emoción? ¡Vosotros, los que comisteis el pan amargo del destierro, venid, asistid al festín de la Patria! ¡Vosotros, los que gemisteis en larga presión, venid, ya estáis libres! ¡Vosotros, los que moríais de vergüenza sintiendo la humillación de México, venid, estrechad contra vuestro pecho su pabellón glorioso! ¡Vosotros los que peleasteis contra el invasor, venid, vuestros hogares ya no están profanados por el alojado francés! ¡Vosotros todos, mexicanos, que suspirasteis por la Patria, venid humedeced con vuestras lágrimas de gratitud, ya que tanta emoción nos enmudece, el sepulcro de *Zaragoza*!

Pero *Zaragoza* no quiere sólo nuestra gratitud: no se contenta con nuestra patriótica alegría: exige que el día de su gloria sea también el día de nuestros votos solemnes por la felicidad de nuestra Patria común: *Zaragoza* que levantó el estandarte nacional en Puebla, hasta hacerlo respetar del extranjero; que se hizo soldado de la democracia en América, nos impone deberes que en este día es preciso jurar cumplir. El espíritu del héroe bate sus alas sobre México y viene, no a recibir nuestras bendiciones, sino a exigir el juramento que hoy debemos presentar en los altares de la Patria: mantener nuestra bandera a la altura que *Zaragoza* la levantó; sostener y firmar la democracia que él defendió. El héroe del 5 de mayo impone silencio en esta fecha; complacido con el éxito de la guerra entre América y Europa: enmudezca siquiera por un instante la alegría del festín... Obedezco, señores, con respeto el mandato del amigo, del defensor de México y consagro mi discurso a recordar las rudas lecciones con nuestro pasado fatigoso y en sus trascendencias a nuestro porvenir, honraremos la memoria de nuestros hombres ilustres y descubriremos el camino, que imitándolos, nos lleve a la prosperidad nacional. Prestadme vuestra atención.

México, haciendo su independencia, no pudo consumir su revolución social; arrojando al conquistador de su suelo, quedaron en él todavía profundamente enraizados los elementos que al poder colonial afianzaron. México, en la risueña mañana de su vida, demasiado inexperto, y cuando se sintió libre, creyó ya ser feliz; pero desgracias sin cuento comenzaron desde muy temprano a afligirle: la discordia vino a vivir entre nosotros y destruyó nuestras ciudades, y quemó nuestros campos, y derramó nuestra sangre. Un pronunciamiento derrocaba a un gobierno para establecer otro que no le sobrevivía; por mucho tiempo todo se ensayó, todo se probó y todo fue impotente para regir los destinos del país: la firmeza incontrastable de Gómez Farías, la virtud patriótica de Arista, la sencillez republicana de Victoria, no pudieron conjurar del destino de México, la imbecilidad de Zuluaga, los crímenes de Santa Anna, la insolencia de Miramón. Derecho divino, junta de notables, reconocimiento del cuerpo diplomático, motines pretorianos, elección popular, sufragio universal, todas las fuentes de donde el poder se ha derivado, aun en los momentos más lúgubres para la suerte de los pueblos; a todo se apeló para legitimar aquí la autoridad. Imperio y democracia, libertad y tiranía; to-

das las formas de gobierno se sucedían, dejando en pos de sí, si no charcos de sangre, sí al menos las ruinas de la devastación.

Una clase privilegiada había entre nosotros que presidía a toda esa obra de desorden y de anarquía; era el ejército, el que se pronunciaba siempre, el que en la punta de sus bayonetas, elevaba al amo que le placía darle a México. *Pan y juego* pedían las legiones romanas al monstruo, dueño del mundo, que acababan de exaltar al trono de los Césares, *dinero y grados* reclamaban nuestros batallones al día siguiente de nuestro pronunciamiento. Ellos, como aquellas legiones, se afeminaron en la molicie de la guarnición, en la prostitución del cuartel; y cuando fue necesario que marcharan a defender el territorio nacional invadido por el extranjero, los soldados invencibles en la parada, insolentes en la procesión, fueron derrotados en el campo de batalla: las legiones romanas que daban señores al mundo, llegaron a ser impotentes también para guardar de los bárbaros las fronteras del imperio. El ejército fue un poder, tanto más temible aquí, cuanto que depositario de las armas nacionales, él las puso en pública subasta, al mejor postor, a quien diera más dinero y más grados. Nuestro ejército no podía dejar constituir a México.

Un viejo soldado, resto venerable de la guerra de Independencia compañero de Morelos, de Galeana y de Guerrero, empuñó de nuevo su cortante espada, y en Ayutla puso el "hasta aquí" al pretorianismo mexicano. "Abajo los fueros", gritó el país desde el Mexcala hasta el Bravo, desde Veracruz hasta California, y los cuarenta y cinco mil genízaros de la Alteza Serenísima, huyeron sin combatir por su propia vida. México quedó libre de la tutela del sable, la más pesada de las tutelas.

La insurrección de Ayutla, no fue ya un pronunciamiento: ella al contrario, cerró la época de los pronunciamientos: fue una revolución que abordó atrevida las cuestiones del porvenir de México. No dejó la igualdad ante la ley, *la ley Juárez*: la desamortización eclesiástica, *la ley Lerdo*; después de esa revolución, ya la ordenanza militar no podía ser la Constitución del país.

Trabajaba a nuestra sociedad otro elemento del mal, que tampoco la dejaba constituirse; el extranjero era de mejor condición que el ciudadano, hasta hubo mexicanos que solicitaron cartas de nacionalidad extranjera. El cuerpo diplomático llegó hasta a pretender legitimar con su reconocimiento un poder usurpado. En nuestras puertas el pabellón nacional era de continuo humillado; toda vieja fragata de guerra se creía, autorizada para enviarle un insulto... La tutela extranjera agobiaba a México.

Allá en los primeros días de nuestra vida nacional, se creyó por inexpertos diplomáticos, que nuestra independencia no sería completa, mientras no fuera por grandes potencias reconocidas, y se tuvo empeño, dice uno de nuestros historiadores "en andar mendigando tratados y reconocimientos a medias". Se adoptó desde entonces, como fórmula sacramental en los tratados, la promesa de conceder las ventajas de *la nación más favorecida*, "Los primeros empréstitos que se contrataron en Inglaterra, sobre innecesarios, fueron los primeros pactos leoninos que al erario nacional pusieron en dificultad: buques viejos a cambio de oro nos fio la Inglaterra. Los precedentes a México funestos, se recogían con cuidado y se invocaban con exigencia por los ministros extranjeros: antes de mucho, se encontró México de tal suerte ligado por sus compromisos internacionales, que ella era la sola nación *menos favorecida* en presencia del extranjero; que la mayor parte de sus rentas no bastaban a pagar los réditos de su deuda.

Errores disculpables en un país acabado de nacer, torpes condescendencias de gobiernos débiles en medio de los motines, crímenes injustificables en algunas administraciones, nos trajeron a esa penosa humillante situación. En nuestra historia diplomática hay tratados tan infames, como el de la venta de La Mesilla, como los de Mon-Almonte, Castillo-Danó... A la sombra de ese *derecho internacional*, la marina inglesa no sólo hacía el contrabando en nuestros puertos, sino que plantaba su bandera en nuestro territorio para proteger rebeldes; la Legación francesa se hacía el apoderado de un pastelero para robar a México, y dictaba *ultimátums*, como el inolvidable de Saligny; un embajador español hacía tantos y tan graves desatinos que dis-

gustó a su gobierno mismo, que puso en ridículo su plenipotencia; a la sombra de esos abusos, ¡la extranjería llegó a ser una buena especulación!

Fue un hecho providencial que Napoleón nos hiciera una guerra de conquista, para afirmar la autonomía de México; la guerra extranjera, fue la muerte de la tutela extranjera. Dejadme hablar por un momento de esa guerra que tiene más trascendencia al porvenir que conexiones con el pasado. El aniversario de una de sus más bellas jornadas nos obliga a verla siquiera en sus más salientes sucesos.

Ella no fue un proyecto original de Napoleón; otro francés, Chateaubriand, tuvo la desgracia de concebirlo. El abortó con la tentativa pirática de Guaymas, pero cuando la guerra americana estalló; Napoleón le dio proporciones más grandes y lo puso en ejecución.

Por desgracia para nuestra Patria, había, desde los tiempos de su independencia, un partido, traidor, que vivía con la esperanza de un *príncipe extranjero*; las intrigas de Alamán en 1845, los secretos de Santa Ana por sus cómplices, hoy descubiertos, son bien conocidos de nosotros. En Europa estaba la encarnación viva de la traición: Gutiérrez Estrada, que con constancia infernal ha gastado su vida pidiendo un príncipe para México ¡aunque sea un príncipe de los tantos que allá hay, de los que los pueblos por sus vicios no han sufrido.

Cuando la reacción en Calpulalpan fue vencida, acarició sin reserva, su última esperanza. La traición fue a Europa y en las Tullerías, halló la protección que buscaba: Napoleón que se empeñaba ya en su obra de matar la República en América, recibió como un presente del infierno la noticia de que *la parte sana, la mayoría de la Nación quería un príncipe extranjero*. En la horrible serie de crímenes que engendraron a la expedición francesa, Napoleón no paró mientes en engañar a sus aliados, los traidores.

Había en Miramar un príncipe sin nombre: no era conocido más que por sus despilfarros: su vida la había gastado en el placer: estaba arruinado y no podía pagar sus deudas. Su mismo hermano el emperador de Austria, le dejaba olvidado en la ociosidad del castillo. ¿A quién mejor que al archiduque ofrecer *un trono de plata*? Napoleón tenía el hombre que necesitaba: la traición había encontrado su candidato.

México no conocía al archiduque, el archiduque no conocía a México: su candidatura se recomendó aquí, no por las virtudes del futuro emperador: a falta de otra cosa se le llamó "El Madrugador": la recomendación de su candidatura fue su retrato, su parentesco con Carlos V. ¿Y qué importaba que México no aceptase a su ya encontrado soberano? La bandera francesa cubría su trono: la traición de *sus notables*, sin que la vergüenza petrificara su lengua; "que en caso de que el archiduque no aceptara el trono, Napoleón podía mandarnos el príncipe que a su antojo cuadrarse". ¿Hay en la historia de todas las traiciones un hecho a este semejante? ¡La traición mexicana ha asustado al mundo!...

Maximiliano llegó a México y la traición se enloqueció de alegría: tenía ya su príncipe extranjero: "El Deseado".

La expedición francesa había llegado antes: salió de Europa diciendo que venía a cobrar la deuda mexicana, y tuvo necesidad de apelar a un empréstito-lotería, robo con estafa al pueblo francés, para poder vivir en México: salió diciendo que venía a proteger a los súbditos del emperador residentes aquí y aquí les llamó refractarios: salió protestando sus respetos al principio de no intervención, y en sus bagajes traía los retratos del archiduque (recomendación de su candidatura), el nombramiento del jefe supremo de la Nación, las instrucciones a Saligny, el pacto de alianza con los traidores. Llegó a nuestras playas, no en son de guerra sino en actitud de pirata: no había declarado la guerra: la civilizada Francia se creyó dispensada de los usos de los países cultos; ella sin embargo, venía a civilizar a un pueblo semibárbaro, decía.

España, que fue la primera en insultarnos, tomando *prenda pretaria* en Veracruz, tuvo después la fortuna de encomendar el mando de sus armas al caballeroso conde de Reus; sólo el conde de Reus pudo conju-

rar de España los males sin cuento que aquí iba a cosechar la guerra. Los españoles en México pudieron desde entonces dar un voto de gracias a aquel soldado caballero: hoy la Península toda debiera levantarle una estatua: el ridículo que la Francia devora sola, no trascienda a España.

El conde de Reus quedó pasmado de estupor oyendo de la boca de un ministro francés, estas palabras que ya la historia ha recogido: "Mi firma no vale más que el pedazo de papel en que está escrita", palabras que México no olvidará jamás; palabras que hubieran hecho enrojecer de vergüenza la frente de Cartago. El conde de Reus se volvió a España: la Inglaterra creyó que no le convenía seguir en la aventura francesa y se retiró también.

La Francia pirática que invadió a México, tuvo miedo de volver a las posiciones que la fe de los tratados le señalaban romper los tratados cínicamente y continuar adelante fue la obra de infamia que consumó. Así predica la bandera francesa la civilización: ¡la Francia seguía civilizándose!

La protección a la parte sana de la nación, se dispensaba sin reserva: Márquez y todos los héroes, que ya tenían desde entonces un nombre en la historia del crimen, estaban alojados en el campamento extranjero: ahí mismo, sin embargo, el soldado francés apellidaba "traîtres" a todos esos infames que llevaban la bandera de México bajo la protección de las águilas imperiales.

Piratas y traidores marcharon sobre Puebla: ahí los esperaba decían, la ovación del triunfo: ahí las coronas al ejército francés, la voluntad de *la gran mayoría de la nación* oprimida por una minoría turbulenta.

Era el 5 de mayo de 1862: el genio que vela sobre el destino de América, inspiró a *Zaragoza* con la fe de apóstol, le infundió el valor del héroe. Lo que ahí pasó, ya lo sabéis, señores; habéis oído las palabras inmortales del general en jefe del Ejército de Oriente; ¡lo que ahí pasó, nos hace enmudecer de emoción! Hoy cinco años que el soldado francés sentía por la espalda la punta de nuestras bayonetas: hoy hace cinco años que México supo que podía derrotar al primer ejército del mundo: ese grande, inolvidable día aseguró para siempre el reinado de la democracia en América: esa ilustre y gloriosa jornada levantó a México todo insurreccionado contra la invasión extranjera, ¡tenía ya la fe del triunfo! ¡Ese recuerdo ha mantenido en la montaña y en el valle, al pobre soldado de la República, peleando constante contra enemigos terribles! ¡El 5 de mayo fue no sólo una victoria para México, sino la revelación espléndida de su triunfo, definitivo en la gran lucha que ha sostenido! ¡Ni la derrota, ni la desgracia, ni la adversidad pudieron extinguir la fe viva que México tiene en su dichoso porvenir! ¡Gloria eterna al 5 de mayo de 1862! ¡Que sea el héroe ilustre que hizo imposible la conquista de nuestra patria!

Pero habíamos hecho enmudecer nuestra alegría para recordar en esta festividad las duras lecciones que la guerra nos ha enseñado: sigamos pasando en rápida revista sus más notables sucesos.

El ejército francés humillado, se retiró a pedir auxilios a su amo: *la gran mayoría de la nación*, no le daba ningunos. Ya no bastó para la empresa el oscuro nombre de un Laurencez: vino el terrible Forey, el del *ímpetu* irresistible, el de las veinticinco batallas: trajo nuevas legiones, más cañones rayados, más soldados de Solferino. Forey creyó que la parte sana podía siquiera darle bagajes para mover su ejército: ¡desengaño cruel! El ejército francés permaneció inmóvil, hasta que compró en los Estados Unidos los trenes que necesitaba. Quien acusa al gobierno de México de haber querido vender el territorio nacional, de comprometer su independencia o su honra en negociaciones con la nación vecina, de seguro ha olvidado ese hecho: México peleó solo; sin la ayuda ni de sus aliados, ¡los Estados Unidos ni siquiera guardaron la neutralidad que a México debían!

Desgracias que no quiero recordar, hicieron por fin, al extranjero dueño de Puebla de Zaragoza, sin concederle, sin embargo, los honores de la victoria: esas desgracias, tampoco empañaron la honra de mi Pa-

tria: muy limpia la dejaron los mil valientes que ahí pelearon, que ahí elevaron el patriotismo, el valor y la virtud del ejército nacional hasta el heroísmo. Las ruinas de San Javier, serán siempre un monumento eterno de gloria!...

La intervención y el imperio se encontraron, por fin, en México y la algazara de la traición no pudo impedir que los gritos de ira, que de los cuatro ángulos del país llegaban a la capital, turbaran la alegría de su orgía criminal: la intervención y el imperio conocieron desde entonces, sin poderlo más dudar, cuál era la gran mayoría, la parte sana de que tanto hablaron. La intervención marchó a la conquista del país: ni una ciudad, ni un pueblo, ni una aldea aceptó al imperio: ¡fue preciso que las bayonetas francesas hicieran guardia a las juntas de *notables* que lo proclamaban!

El archiduque no aprendió de esa tremenda lección que México le daba, más que una cosa: vio que la *parte sana*, no era sino un centenar de traidores, que cobarde no pudo ni hacer un pronunciamiento, que intolerante exigía matar aquí el elemento democrático que es el elemento de nuestra vida pública. Maximiliano que venía a reparar su fortuna, encontró conveniente divorciarse de la reacción y reclutó en el Partido Liberal algunos tráfugos, que nombró sus ministros, sus consejeros, sus comisarios: el sentido común. ¡El imperio aceptó las Leyes de Reforma! Sólo que para manchar la Reforma, revisó sus actos: el imperio democrático ofrecía más larga vida que el imperio reaccionario: se prefirió aquél.

La intervención tenía el compromiso de destruir a Juárez, en boca de la intervención, significaba México, Democracia, Reforma, Porvenir; eso quería la reacción, que la intervención destruyera. Los súbditos franceses en México desde tiempos atrás, se habían hecho dueños de la riqueza eclesiástica por la desamortización, escondieron entonces una especulación provechosa, tras un liberalismo falso. La intervención, al descargar el golpe sobre la Reforma, vio que iba a herir franceses. ¿Cómo destruirla? la Reforma, por conveniencia en el imperio, por interés en la intervención fue indultada entre nosotros.

¡Burla sangrienta del destino para los traidores! ¡Desengaño cruelísimo que debió matarlos de vergüenza! ¡Castigo providencial que debió hacerles ver la enormidad de sus crímenes! ¡El *príncipe extranjero* gobernando con las leyes de Juárez! ¡La Francia apoyo de la religión en México defendiendo la Reforma! ¡Cuánta humillación para la Francia, para el archiduque, para los traidores! ¡Los traidores! ¡Ellos, que combatieron siempre la Reforma, anatematizándola como a una herejía; ellos, beatos, que negaban la palabra a los herejes; ellos hipócritas, siguieron en los empleos que el que el archiduque les dio: su conciencia aceptó, religiosa, la Reforma que el extranjero sancionó, cuando esa misma conciencia, apoyó al extranjero para destruir la Reforma! ¿Es posible mayor cinismo en el crimen? Se derrocharon las rentas de México, se robó en nombre de la Reforma revisando sus actos: se vendieron privilegios y monopolios, se hicieron grandes negocios en la Corte, pero nada bastó... Se pidió dinero a Francia, ¿cómo podía negarlo Napoleón para que se acabase de escribir "la más bella página de su reinado"? Era preciso sacar dinero del pueblo francés, y se sacó.

Un senador de Francia, Mr. Corta, vino a estudiar a México. Aún no conocía las calles de la capital y volvió a París satisfecho de sus estudios. En el cuerpo legislativo habló tanto del porvenir de México, de la riqueza de su suelo, de la consolidación de su trono, del arreglo de sus finanzas. Qué garantía de un empréstito era la más natural consecuencia de todo ello. Vino el empréstito lotería: ¡estafa digna de Napoleón! El pueblo francés no juzgó de la moralidad de ese empréstito por la inversión que iba a tener: calculó de sus ventajas por las ganancias que le ofrecía dio su dinero, sin sospechar siquiera la estafa de su amo y creyendo que con él, ¡México exhalaría el último aliento! He aquí como el pueblo francés nos ha pagado nuestra simpatía, la hospitalidad que le hemos dado.

Cada acto de la intervención era un crimen, mejor dicho, un germen fecundo de crímenes: la historia de los empréstitos franceses no se ha escrito ni en los presidios. Pero la Providencia ha andado en este asunto. El dinero francés vino sólo a mantener el despilfarro de Maximiliano por unos días más los tenedores de bonos

han perdido sus fondos: los prestamistas, usureros sin conciencia, que se aliaron al cesarismo para matar aquí la República, son ya los enemigos del cesarismo, no por virtud, ¡sino por interés! Así castiga, señores, la Providencia los grandes crímenes.

El imperio no debía dejar sólo la ruina a México: necesitaba teñir con sangre su territorio: la feroz ley de 3 de octubre se encargó de hacerlo. ¡Los mexicanos declarados bandidos porque defendían su patria! Se creyó que los asesinatos de Uruapan darían la paz, aunque fuera la paz de la muerte, al imperio, y ellos no hicieron más que irritar al país. ¡Cómo lo irritaron los asesinatos de Tacubaya! El país siguió combatiendo con más denuedo por su independencia.

Los traidores estaban ya, con su amarguísimo desengaño castigados: a ellos además, en sus mejillas, llevaban la cicatriz del látigo francés. Llegó su turno a la Francia. La guerra americana había concluido, ya no era posible la muerte de la democracia en América; el pueblo mexicano se defendía constante y valiente; la insurrección del país crecía; el soldado francés apenas era dueño del terreno que pisaba, el trono de Maximiliano era muy costoso y ya no era posible ni la estafa para mantenerlo... ¿Qué inmenso sacrificio no costaría al tirano de Francia firmar la orden de retirada de la expedición? Esa firma puso a Napoleón enfrente de la Europa, dije mal, en frente del mundo cubierto del oprobio del crimen frustrado lleno del ridículo del aborto de su empresa. Algo que es superior a los caprichos de un déspota, le puso la pluma en las manos y Napoleón firmó "la más bella página de su reinado" ese algo, señores, es también la Providencia, que castiga los crímenes para quienes ninguna ley humana tiene una pena: ¡Los crímenes contra los destinos del porvenir!

La expedición salió de México: aquí nos dejó su historia que no pudo llevarse en sus maletas. ¡Su historia! ¡Ella es muy larga para decirla en un día! La expedición vino a cobrar una deuda y robó hasta al pueblo francés: vino a proteger a la parte sana de la nación, y *la azotó* en la cara; vino a fundar un gobierno fuerte y se fue sin constituir ninguno, porque el país no quiso más que a Juárez a quien ella combatió: vino a proteger la mayoría del país, y ni una sola ciudad le abrió espontánea sus puertas, y la vanguardia del ejército nacional, fue picando la retaguardia de la columna de viajes francesa: vino a dar garantías a sus súbditos y los ha dejado abandonados a la furia de un pueblo semi salvaje... Pero que la Francia se tranquilice: ese pueblo semi bárbaro no tiene su civilización, no asesina a la gente indefensa... Vino a proteger las ideas de progreso, y los traidores se guarecían bajo su bandera! ¡Que la Francia apure hasta las últimas heces toda su ignominia!

¡La expedición francesa! ¿Quién puede decir todo lo que fue? Ahí están los tratados de La Soledad que revelan su honor: ahí están las cortes marciales que predicán su justicia: ahí están sus alojados que cuentan su caballeridad: ahí están sus empleados, sus generales, sus mariscales que manifiestan su honradez: ahí están Berthelin, Dupin, el ladrón de Pekín, De Potier, Castegny que nos dicen su civilización: ahí están Nochistlán con su saqueo, Sinaloa con sus incendios, Veracruz con los escandalosos contrabandos de los mariscales, ¡testigos mudos de esa civilización! Ahí están Saligny con su crapulosa insolencia, más allá Thovene con su mentira cínica, y sobre todo ese conjunto de crímenes, de horrores, de infamias: ¡Ved al perjuro del 2 de diciembre! Y para que nada falte en ese lúgubre cuadro, mirad también a Lamartine, el presidente de la República en 1848 escribiendo en una de las páginas de su "Literatura familiar" ¡Las glorias de la expedición. ¡Vedlo cómo injuria a México, miradlo cómo blasfema de la justicia de los pueblos! La expedición que un perjuro concibió, necesitaba que la contase un apóstata! ¡La bandera francesa que en un instante de criminal locura, fue saludada por la traición al enarbolarse en el palacio de México, ha salido de México en medio de las universales maldiciones de los buenos y de los malos!... La bandera imperial de Francia ha sido puesta en la picota y entregada al desprecio por la historia.

Necesitaba México ver de cerca todo eso para jurar para siempre de sus generosos errores, para curarse de sus débiles condescendencias, para castigar con mano fuerte a sus traidores, para emanciparse de la tutela extranjera, para sostener con vigor los derechos de su soberanía. Necesitábamos ver aquí la *civilización francesa* para conocer al pueblo que marcha a la vanguardia del progreso, según él mismo dice: necesitábamos

conocer el ejército imperial y la farsa de una corte para destruir dos ilusiones igualmente perjudiciales: el prestigio del príncipe europeo y la preocupación contra la democracia. Necesitábamos oír los cantos de Lamartine para no creer más en la República de París. Necesitábamos del 5 de mayo para conocer la fuerza de México. La Providencia, señores, mandó a la Francia, como el sultán a sus visires, el cordón con sus nudos: ella se ejecutó en México.

¿Y el imperio? Maximiliano creyó que su trono siempre bamboleante no podría sostenerse, faltándole el apoyo de las bayonetas francesas enmudece, a quien ningún azote, ni el que le hiere la cara, mata, olvidó sus humillaciones y sus desengaños y su rabia, y fue a Chapultepec a rogar de rodillas a su soberano que no lo abandonase. Ofrecieron los ricos su dinero; prometieron todos su sangre, y la *parte sana* volvió a hablar de la mayoría de la Nación... ¡Ese nuevo crimen de la traición, se cometió el 16 de septiembre de 1866! ¡Providencia, coincidencia de fechas!

El archiduque se decidió a proseguir su aventura: se rodeó de la *gente de orden*, de los que él en su democracia llamaba "los cangrejos" y volvió a ser el ilustre descendiente de Carlos V; el príncipe de la casa de Austria.

La traición con el archiduque se ha encerrado en Querétaro: México desde sus más remotos confines ha mandado sus guerreros a Querétaro; y ahí se riegan todavía con sangre mexicana las calles de esa ciudad! ¡Es el duelo a muerte entre el país y los traidores! Aguardad un poco: ¡Ya veréis cómo la Providencia castiga la más criminal de las obstinaciones!

El país que ve con interés esa última sangrienta escena del terrible drama que acaba de pasar, manda, ya lo he dicho, sus guerreros al ejército nacional, no sus votos, ni sus simpatías AL ARCHIDUQUE.... El país maldice la traición y aguarda ansioso la hora en que ella exhale su último aliento.

El imperio murió, sin embargo, en México hace mucho tiempo: él era ya un cadáver cuando la expedición partió para Europa: lo que en Querétaro queda, no es una institución, una idea que se defiende; es una horda de criminales que hacen resistencia a la justicia que los persigue, buscando en la fuga su impunidad.... El archiduque ya no quiere su trono, desea sólo que se le considere como beligerante, a él que declaró bandidos a los patriotas que peleaban por la independencia de su país; a él, que presidió siniestro y salvaje a los asesinatos de Uruapan.... Aguardad, señores; ya veréis cómo la Providencia castiga a la reincidencia en la traición, a la obstinación en el crimen.

Decía hace poco, que Mexico necesitaba ver de cerca a la Francia y a su expedición, al imperio, y a su farsa para emanciparse de la tutela extranjera, para afirmar sus derechos soberanos. Antes veíamos de Francia sólo su colosal revolución, el resplandor de su gloria: hoy la conocemos aquí, entre nosotros, engalanada con todos sus bordados, brillantez de oropeles, que ya no nos ofusca: antes nos creímos nosotros débiles en nuestra juventud, y temíamos provocar la ira de grandes potencias: hoy la guerra nos ha revelado que somos fuertes y que ninguna potencia nos puede conquistar. Esta lección que la guerra nos ha enseñado, pondrá fin a la última humillante tutela que sufríamos.

Francia nos trató como salvajes y pretendió conquistarnos: España declaró *prenda pretoria* a nuestro territorio; Inglaterra ha robado nuestros puertos y las tres potencias firmaron la Convención de Londres. Austria nos dio un príncipe, Bélgica una princesa y ambas potencias reclutaron la hez de su pueblo para mandar enganchadas al emperador de México. Francia, España, Inglaterra, Austria y Bélgica dejaron ya de ser, esto es indispensablemente necesario, *las naciones más favorecidas en México*. De nadie necesitó México para su revolución de Dolores, para su revolución de Ayutla, para su guerra de la Reforma, para su guerra con el invasor, ¿para qué necesitaría hoy tratados que la humillan? ¡Abajo esos tratados! ¡Abajo los abusos internacionales! Que el estado de guerra se prolongue, que se cierren nuestros puertos a la bandera de aquellas na-

ciones; pero que México conquiste por fin, el respeto que le consagra la ley internacional. Esto es justo, es necesario, es la exigencia de la guerra, es el precio de la sangre mexicana inicuaamente derramada, es la regeneración del país por medio de la guerra.

Pero esto no basta: México tiene convenciones que observen sus rentas sin alcanzar jamás a pagar los intereses de deudas fraudulentas, de reclamaciones inicuas. ¡Que México no vuelva a dar un solo centavo más y que en lugar de destinar sus productos marítimos al pago de las convenciones con aquellas potencias los emplee en artillar nuestros puertos, para hacer respetar nuestra bandera de piratas y de contrabandistas! Que México reclame las indemnizaciones de su guerra, y que declare *prenda pretoria* al fondo de las convenciones, mientras no se le paga lo que se le debe. Esto es justo, es necesario, es la exigencia de la guerra, será el arreglo de la hacienda en México.

Más aún: ¿de qué nos sirven nuestros ministros en París, Londres, Viena, Bruselas, etc., etc.? ¿De qué sirve a la República ese lujo diplomático en el viejo continente con gobiernos que no son nuestros amigos, aun cuando la paz reanude las relaciones de esos pueblos con nosotros? ¿La guerra de la Reforma cerró nuestra Legación en Roma: la guerra con el extranjero debe dejar para siempre cerradas las que teníamos en aquellas cortes.

Todavía no es esto todo: teníamos aquí un cuerpo diplomático insolente por demás: el ministro extranjero no era el representante de un soberano amigo, era el agente, el apoderado de reclamaciones impudentes: no era el imparcial espectador de nuestras discordias, era el conspirador contra los gobiernos. ¡Que México obligue al cuerpo diplomático a hacer lo que debe y que jamás vuelva a soportar sus protestas, sus amenazas!

Juárez hará todo eso, señores, se los aseguro, porque tengo fe en su virtud. Juárez romperá aquellos tratados, anulará esas convenciones, reducirá nuestro cuerpo diplomático nacional, y someterá al orden, a la ley de las naciones, al extranjero. Juárez exaltará al ciudadano y hará que el extranjero ambicione ese honroso título. ¡La extranjería será lo que es en Estados Unidos, y abiertas de par en par las puertas de la República a la inmigración, la paz y el orden nos traerán los colonos que ni el monopolio ni el privilegio, ni el abuso han podido llamar! ¡La República Mexicana ofrece los tesoros de sus montañas, la riqueza de su agricultura, las ganancias de su comercio, la hospitalidad de sus hijos a todos los pueblos; pero no tolera ya que se le llame bárbara, que se le insulte! Juárez hará todo eso, repito y México quedará libre de la tutela extranjera, la más humillante de las tutelas. Ésto es justo, es necesario: lo pide el país, que tanto ha sufrido con la guerra, lo pide la justicia nacional, a cuyos ojos vale más el mexicano que el extranjero: lo pide en fin, la honra de México, su soberanía, su independencia.

La Francia en nombre de la extranjería, vino a conquistar a México: la extranjería se ha suicidado con la guerra. ¡Luis Bonaparte ha sido aquí el nudo de la Providencia!

La justicia, el porvenir nacional no quedan, sin embargo, satisfechas con eso: para afirmar los derechos soberanos de México, es necesario más aún. ¡El castigo de la traición! Nuestra historia nos la enseña combatiendo contra la Independencia, luchando contra la Reforma, bajo el disfraz de la religión, suspirando siempre por el príncipe extranjero, mendigando el apoyo de los tronos: ¡La historia pide su castigo! La Justicia nos muestra sus crímenes y pide su castigo! El porvenir teme sus reincidencias y pide su castigo! Si la traición tuviera vergüenza, habría muerto a los pies del trono que levantó: si la traición tuviera conciencia, la habría matado el remordimiento viendo el incendio de Sinaloa, el saqueo de Tamaulipas, la carnicería de Nochistlán: si la traición tuviera valor, se habría suicidado al sentir por la primera vez el que látigo extranjero le hería en la cara.... pero no, la traición no tiene nada de eso: vedla en Querétaro! después de su humillación y su afán de sostener siempre al príncipe extranjero. Es preciso entregarla a la justicia para que nos libre de sus crímenes, para que haga imposible otra invasión extranjera en el país... ¡Si la *generosidad* le diera asilo, fuerza será persuadirse de que sobre México pesa una reprobación eterna!

¡Sabéis por qué? Porque la traición seguiría pidiendo *príncipes*; porque alentada con la impunidad, se armaría de nuevo para combatir la Reforma; porque la guerra sirviese, perpetuaría entre nosotros, porque se comprometerían los destinos del porvenir; porque se perdería la diferencia que hay entre el bien y el mal; porque México daría al mundo el espectáculo de un pueblo sin conciencia. ¡El castigo de la traición es necesario e inexcusable! La opinión pública será severa y marcará con indeleble, oprobiosa señal, la frente que traiga estampado el tacón de una bota francesa. ¿Por qué la ley no había de ser justiciera? ¿Por qué no había de castigar inexorable un crimen, que mancha nuestro pasado, que compromete nuestro porvenir?

La traición busca disculpas: ninguna tiene semejante crimen. Que la ley diga quiénes son los traidores y que los castigue sin compasión. Si la *generosidad* aceptare esas disculpas, que se cierren nuestro tribunales; que se abran nuestros presidios. El ladrón roba tal vez por miseria, el asesino mata acaso guiado por depravados instintos: uno y otro han andado la carrera del crimen, instigados por la sociedad misma que no los ha educado, que los arroja de su seno. ¡Cuántos delitos no serán mas que la revancha terrible que los desgraciados toman contra la sociedad!...

A esos desgraciados se puede compadecer, de ellos se pueden oír disculpas! ¿Pero cuál es posible en el general a quien el país dio un nombre y una posición, y confiándole sus armas, su defensa, su honra, él todo lo entregó al extranjero? ¿Cuál es posible en el rico que por ser chambelán o notable, o caballero, clavó el puñal en el corazón de la Patria? ¡Que haya indulto para todos los criminales del país; que queden solas las cárceles: bien: esto no sería más que una *generosidad* imprudente, que infestaría a los caminos de malhechores: bastaría la policía para atajar sus consecuencias; pero que no haya amnistía general para los traidores! ¡Esa generosidad comprometería nuestra paz, nuestra honra, nuestro porvenir!

Juárez, señores, os lo prometo también, no burlará la justicia nacional: no será cruel, no teñirá de sangre nuestro suelo, pero desarmará castigándola para siempre a la traición: el celoso guardián de la honra y del porvenir de México, no será generoso, será justo.

Nuestra historia nos ha revelado el enlace lógico de los grandes sucesos de nuestras revoluciones: en este día de fiesta, al pie del sepulcro de Zaragoza, es necesario prometerlo: guardemos como nuestra honra los bienes que la guerra nos ha dado! ¡Pretorianismo, teocracia, extranjería! ¡Que ellos queden para siempre sepultados entre nosotros! Llevemos al holocausto al héroe del 5 de mayo, los pedazos de la ordenanza militar, del Concilio de Trento y del tratado diplomático y juremos ante sus cenizas no volver a sufrir esas tutelas. Este juramento solemne es la celebración digna de este aniversario.

La historia de México tiene sus fechas inmortales: 1821, la independencia del país: 1855, la muerte del pretorianismo, la creación del ejército del pueblo; 1860, el triunfo de la Reforma: 1867, la regeneración internacional de México. El año de 1821 dejó el ejército al extranjero: el año de 1867, ha roto el yugo extranjero y afirmado las conquistas de la Reforma y consolidado la independencia. Depositarios del poder público de México, ¡tenéis en vuestras manos, los tesoros de la Patria, los destinos de su porvenir! ¡Considerad que ellos han costado cincuenta y siete años de lucha, torrentes abundantes de sangre: defendedlos con vuestra vida! No transéis jamás con los enemigos de la Patria: no les deis, para contentarlos, lo que es la herencia de nuestros hijos, los principios que hemos conquistado, las libertades que hemos adquirido, la honra nacional que Zaragoza ha dejado brillante de limpieza!

El gobierno tiene que hacer todavía más que conservar esos tesoros; tiene que reconstruir a México dije mal, señores: ningún gobierno es capaz de obra tan colosal: el país tiene que reconstruirse a sí mismo: sólo el producto del trabajo de todos, sólo el concurso de la voluntad de todos, puede llevarnos a las tierras prometidas de nuestra prosperidad nacional. Nuestra Patria, señores, nos pide nuestro contingente para esa obra, y la Patria es la luz que vimos primero, es nuestro diáfano cielo, es nuestro brillante sol, es el idioma con que nuestra madre nos acarició, es la honra de nuestros hijos, es la tumba que guarda la ceniza de nuestros padres.

¡Nuestra Patria es la libertad, es la independencia; acordaos del látigo francés! Recordad esa rudísima lección y venid a jurar en los altares de la Patria vuestra consagración a la grande obra de la reconstrucción del país.

La discordia abandonará nuestro suelo con el castigo de la traición. La diversidad de opiniones, signo característico de los pueblos libres no inspirará la matanza, ni el pronunciamiento. La mesa electoral que recoge nuestros votos, la tribuna nacional que discute todas las opiniones, serán en lo sucesivo nuestros únicos campos de batallas. Enmudezca ya el cañón, calle la fuerza: que hable la inteligencia, que triunfe la verdad. ¡Esos triunfos, esas batallas nos darán paz! Juremos hoy, en la solemnidad, de este día, enfrente de la memoria de Zaragoza, obedecer siempre al elegido del pueblo. ¡Acordaos que en la República vecina, modelo de la democracia, el respeto a la ley, la obediencia a la autoridad, es el secreto de su colosal poder, de su fabulosa riqueza, de su envidiada gloria. ¡Es la muralla ante la que se estrelló el enemigo de la democracia. Juremos otra vez, señores, deponer nuestros resentimientos, nuestras ambiciones, nuestros deseos a los pies de la soberanía del pueblo, ante la manifestación de la voluntad nacional. Si no cumplimos este juramento, estamos aquí profanando este día: ¡Zaragoza nos maldecirá! El 5 de mayo no se celebra sólo con estrepitosas alegrías: el 5 de mayo se honra prometiéndole a la Patria no otro día, sino muchos días de gloria.

La guerra nos ha costado mucho: Arteaga, Tapia, Rosales, Arcos Arreola, Molina, Rioseco, Ornelas, valientes campeones todos de la Reforma, soldados todos que aquí en Jalisco conocimos siempre patriotas; todos ellos han sido las víctimas del traidor y del extranjero. ¡Salud a su memoria! ¡Gloria a todos los mártires de la República Mexicana! Esa guerra tan costosa de sangre tan ilustre, tiene sólo un precio: ¡es el juramento que a la Patria acabamos de prestar!

Al estallar la guerra europea en América, encontró sólo pueblos inermes, que no tenían la conciencia de su fuerza: el cañón extranjero que retumbó en nuestros bosques seculares, turbando su silencio majestuoso, fue el grito de guerra para América: nuestros pueblos trocaron sus ocupaciones pacíficas por la vida del campamento: más de seis años vivaquearon en los campos de batalla, y al entonar el día de la victoria un cántico de alabanza a la democracia, el mundo admirado saludó a la Unión Americana, el primer pueblo entre todos los pueblos! ¡El coloso del Norte venda sus heridas, paga sus deudas, reclama sus ultrajes, castiga a sus traidores, se reconstruye mal que plase a los fatídicos profetas que en el calor de la discusión parlamentaria ven la ruina de la gran Nación.

México, abandonado hasta de los Estados Unidos, ha peleado también por la democracia americana; venció al cesarismo imperial y todavía no apaga las lumbres de sus campamentos, luchando con la traición. La bandera de México peleó orgullosa y valiente y constante al lado del pabellón estrellado y en contra de la coalición europea. ¡Para mantener esa bandera a la altura que Zaragoza la levantó, para afirmar la democracia en México, para que el mundo la salude, descubriéndose, es necesario que cumplamos nuestros votos en este día! ¡Imitemos al pueblo vecino: no creamos haberlo hecho todo con cantar nuestras glorias; es preciso vendar nuestras heridas, arreglar nuestra hacienda, reclamar nuestros ultrajes, castigar a nuestros traidores, reconstruir nuestro país! Que nuestros hijos, señores, celebren este aniversario allá en remotas edades, bendiciendo no sólo a *Zaragoza*, sino la presente generación que quiso e hizo a México grande, fuerte y feliz; que les legó la bandera nacional, tan gloriosa, como de las manos de *Zaragoza* la recibió allá en Puebla el 5 de mayo de 1862.

Dije.

